

Autor novel, compagina su creación literaria con su dedicación profesional a la informática. Se define a sí mismo como un apasionado de la lectura y del teatro.

David Melero Jaime

(Azuqueca de Henares, Guadalajara, España)

Quinto Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

EL ÚLTIMO EXAMEN

“Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad”.

A Antonio no le distraía el imparable desfile de postes, farolas y árboles que cruzaban la ventana del tren a toda velocidad. Su mirada estaba perdida, no miraba hacia fuera, sino hacia dentro. Era inevitable que cualquier pensamiento quedara eclipsado por el torrente de recuerdos que acudían a su mente de forma involuntaria, ni siquiera podía pensar en el examen que tenía que hacer esa misma tarde. En unas horas expondría su particular visión de las ideas sobre política y religión de algún hombre que seguramente



llevara muerto muchos años, entremezclándolas con las suyas propias para plasmarlas en un escrito único, aunque sin duda parecido al de muchos otros alumnos.

Tras años de enfrentarse a retos tan similares, Antonio había desarrollado, como tantos otros, habilidades que iban más allá de demostrar que había asimilado los conocimientos necesarios para aprobar, había aprendido a hacerlo de forma que no resultara monótono o anodino. Conocía las opiniones y las preferencias de cada persona que se escondía tras el disfraz de profesor, y eso le permitía incluir de forma sutil un toque que podría parecer personal, pero que no lo era porque no surgía de la auténtica libertad de escribir sin motivo, sino de la necesidad de satisfacer a un único lector que además debía evaluarle.

Aquel sería el último examen, el que pondría punto final a una fase más de su vida. Cuando terminara y escribiera su nombre y el número de su DNI, estaría por fin consiguiendo un objetivo que fue más difícil de afrontar que de conseguir. Fueron más largas las noches de indecisión antes de creer que era posible, que las de nervios antes de un examen que no hubiera preparado lo suficiente.

Ahora cada pequeño escalón que había superado le parecía insignificante, y casi se avergonzaba de haber sentido preocupación o nervios tantas veces. Mientras estaba inmerso en el estudio de tantas asignaturas no podía ver la carrera como la pieza de un puzzle, única e indivisible. Ahora sí podía encajarla en su vida, sabía qué significaba para él terminar porque la veía como un conjunto y podía pensar en cómo se

sentía cuando comenzó, y cómo había cambiado su vida ahora que estaba a un paso de conseguirlo.

Antonio estaba tan absorto que no prestaba atención a la megafonía del tren y el anuncio de que llegaba a su parada le pasó totalmente inadvertido. Aún así se levantó empujado por algún extraño mecanismo interno que siempre le avisaba de que había llegado por muy distraído que se encontrara, hasta cuando en alguna ocasión se había quedado dormido.

Cuando bajó cuidadosamente del vagón, una bocanada de aire caliente secó repentinamente el río de pensamientos que fluían por su mente y en los que se había visto inmerso durante el trayecto. El imparable avance de una horda de adolescentes hacia las escaleras de salida amenazaba con llevarle por delante, así que se retiró a un lado y esperó paciente a que se marchara la marea de frenéticas mochilas.

A pesar del agobiante calor de las tardes de junio, decidió acercarse a la facultad andando, prefería cruzar el parque arrimándose a cada árbol para mendigarles un poco de sombra que esperar a que llegara el autobús sintiendo como el asfalto se derretía lentamente bajo sus zapatos.

Cuando llegó al campus le sobraba tanto tiempo que decidió sentarse un rato en uno de sus rincones favoritos. Entre la biblioteca central y uno de los edificios de aulas había un pequeño jardín maltratado durante años por los alumnos, que se reunían allí con fines reivindicativos o de protesta, para realizar improvisados almuerzos en primavera o algún botellón al final del semestre.



Desde hacía años, siempre en el mismo banco, Antonio se sentaba a menudo durante horas para leer, pensar, o simplemente a observar el lento flujo de jóvenes que iban de clase a la residencia, de la biblioteca a la cafetería, o de un laboratorio a otro. Antonio solía imaginar qué estudiaban, cómo eran o cómo se sentían sólo por su aspecto, por sus gestos cuando hablaban, por su forma de caminar. Era sólo un pasatiempo que se prometía nunca aplicar en la vida real, presuponer cualquier característica de una persona sólo por su aspecto le parecía detestable, aunque desgraciadamente había asumido que el prejuicio envolvía el comienzo de casi todas las relaciones humanas, y en su paso por la universidad había tenido que sufrirlo en muchas ocasiones.

Por eso le alegraba especialmente haber superado esa traba, tejiendo en el tiempo algunas relaciones tan afables como sinceras con jóvenes de hasta cincuenta años menos que él.

Antonio se había sorprendido a sí mismo conviviendo como uno más con chicos que casi podrían ser sus nietos, integrándose en conversaciones, haciendo ver su punto de vista y acercándose al de aquella generación hasta llegar a comprender la mayoría de sus motivaciones.

Sin darse cuenta se había convertido en confesor y consejero, se había ganado el respeto de sus compañeros no por su edad, sino simplemente por ser cómo era, y él había aprendido y se había enriquecido tanto de esos jóvenes como ellos de él.

Esas relaciones le hacía sentir tan orgulloso y satisfecho, que su gran ilusión era que algún día su nieto Daniel tuviera esa misma confianza, y cuando le mirara a los ojos, más que a un entrañable viejo al que tenía

cariño, viera al verdadero hombre que había detrás, y que en ese hombre tuviera a un verdadero amigo.

Antonio pensaba en Daniel mientras apuraba lentamente un cigarro. Sabía que el comienzo del examen se acercaba de forma vertiginosa, pero estaba tan tranquilo que podría haber prescindido de hacer el examen para pasar un par de horas más sentado en aquel banco, o para haber regresado a casa y bajar al parque con el pequeño diablillo de rizos rubios.

“A tu edad haciendo peyas”— pensó, y se incorporó emitiendo un suspiro de resignación.

Cuando llegó al aula ya estaba todo el mundo ubicado, y sólo tuvo tiempo para buscar un pupitre libre y sentarse antes de que un profesor comenzara a repartir exámenes y a recordar las pautas generales a seguir y algunos detalles particulares del examen que fueron seguidos por un murmullo que recorrió el aula de punta a punta.

Justo un momento antes de comenzar vio que Sonia le sonreía vuelta hacia atrás con ojos pícaros que parecían decir: “Que raro que hayas llegado tarde, ¿estudiando a última hora?”

Antonio le devolvió la sonrisa y dio la vuelta a la hoja de preguntas para comenzar el último examen.

Empezó por tres preguntas breves que tardó en contestar apenas quince minutos, y que no eran más que un preámbulo para afrontar el tema de desarrollo, que constituía el grueso de la prueba. La afrontó tan



metódico como solía, utilizando previamente una de las hojas en blanco para hacer un breve esquema de las ideas a exponer. En pocos minutos había diseñado una algarabía de siglas, flechas y llaves, indescifrables para cualquier otro, que para él constituían un guión que le ayudaría a avanzar de forma organizada y sin olvidar ningún punto importante.

Sin embargo, cuando iba a comenzar a desmenuzarlo, un recuerdo llegó repentino, como un inesperado zumbido que le sacudió la mente y le hizo removerse en la silla. Su alma viajó en el tiempo por un instante, se instaló en la terraza de su casa en una noche de verano, y revivió una conversación con su esposa, una charla que ahora tenía la posibilidad de concluir.

Desechó el esquema por completo, y movido por un instinto, por una intuición, retomó aquella conversación para hilbanar sus recuerdos con las ideas filosóficas sobre las que debía reflexionar, y olvidando que se trataba de un examen, escribió con total libertad, sin presión, y por primera vez en toda la carrera, creó algo. Creó un cuento maravilloso y personal, basado en conocimientos recopilados en libros y apuntes, sí; pero moldeado por vivencias, deseos y sentimientos que eran suyos, y sobre todo, inspirado por el recuerdo de su esposa Begoña.

Antonio se mantuvo durante más de dos horas aislado de todo lo que le rodeaba, plasmando sus ideas de la forma más ágil que sabía. Ni las preguntas a media voz de los alumnos, ni el incesable goteo de los que terminaban su examen, ni los gestos de Sonia desde la puerta para anunciarle su marcha le distrajeron en ningún momento; hasta que por fin,



cuando se agotó todo el tiempo, un profesor se acercó y con tono impaciente le dijo: "Por favor, entregue el examen, tengo que marcharme".

Antonio alzó la vista y respondió: "Puede marcharse, no voy a entregarlo", y así, con la misma ilógica determinación con que decidió no usar el encorsefado esquema, se deshizo del profesor, que se quedó durante un momento observando atónito como Antonio terminaba y se levantaba orgulloso con el escrito bajo el brazo. Sin conocer exactamente el motivo, le habría sido imposible deshacerse de ese examen, que ya consideraba un tesoro.

Cuando aquella misma tarde explicaba a su hijo que no sabía muy bien por qué lo había hecho, Rubén miraba con ternura a su padre y supuso que inconscientemente no quería terminar aún con su tardía vida universitaria. Junto a Daniel, la carrera era su mayor pasión desde la muerte de Begoña.

A Rubén le pareció estupendo que su padre hubiera prolongado un año más una experiencia tan enriquecedora para él, así que sólo se le ocurrió decir en tono jocoso: "Las asignaturas en segunda convocatoria son más caras, ¡así que espabila para Septiembre!".

Rubén no volvió a acordarse de aquel examen hasta que casi un año después se topó con él por accidente cuando buscaba desesperadamente unos documentos tras los que llevaba varios días. Al principio no le dio importancia, pero pronto cayó en la cuenta de que se trataba del pequeño tesoro que su padre había querido conservar, privándose a sí mismo de recibir la tan ansiada orla que pensaba colocar



junto a un retrato de Begoña, para que, como siempre decía Antonio, se sintiera orgullosa de él.

De pronto surgió una inusitada curiosidad en su interior por leer el examen, y crecía según pasaban los minutos, hasta que se hizo insoportable y decidió desistir en la búsqueda y se sentó a echarle un vistazo. Cuando apenas llevaba varias líneas comenzó a tener dificultades para leer, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas. El examen consiguió emocionarle de principio a fin, y sintió orgullo por su padre, y sintió añoranza y también alegría, pero sobre todo sintió tristeza.

La sorpresa ante lo que leyó le dejó helado, jamás había imaginado que su padre era capaz de escribir algo tan hermoso, tan sincero y tan profundo, y se entristeció por no haber entrado en esa parcela de su vida, por no haberse interesado más en ello cuando aún estaba vivo.

Aquel escrito que le permitió descubrir sentimientos y reflexiones que Antonio jamás confesó en vida, fue para Rubén el mejor legado que recibió de su padre, un regalo maravilloso que le hizo recapacitar enormemente sobre las relaciones familiares, sobre lo realmente importante en la vida.

Desde entonces, Rubén conservó el último examen con cariño y cada cierto tiempo lo vuelve a leer, deseando que algún día su hijo Daniel pudiera apreciar toda la fuerza y belleza que encerraba, y sobre todo que le sirviera para conocer, aunque fuera un poco, quién fue su abuelo Antonio.